

Capítulo 43 - Luces pálidas

Fue un apretón estrecho, pero Tristán salió cojeando a hurtadillas por el callejón.

Fue el tercero en salir del agujero en la pared que el alcalde hizo intentando asesinar a Tupoc, una hazaña admirable, independientemente de las ideas políticas o de la postura respecto a las personas que comen carne. Los dos que lo precedieron estaban más atentos el uno al otro que al callejón vacío en el que se encontraban. El primero, Lord Zenzele Duma, era de apariencia típica malani: alto, ojos oscuros, nariz ancha. Sin embargo, sus mejillas estaban demacradas por el dolor y sus suaves rasgos nobles estaban ensombrecidos por la reciente fiereza en su mirada.

No llevaba heridas graves, solo un poco de hollín en la ropa.

En contraste, Tupoc Xical, aunque tan inquietantemente perfecto como siempre, había salido malherido de la pelea. Irónicamente, no por los demonios, a quienes había eliminado con gritos de alegría, sino por la ráfaga que los cultistas habían disparado a ciegas en La Última Descansada: le atravesaron dos veces, una bala en el hombro derecho, cerca del filo de su coraza, y otra en el muslo opuesto. Cualquiera de las heridas debería haberlo dejado fuera de combate, pero Tristán pudo ver que la herida en el hombro, de la que Tupoc se había desprendido la bala con indiferencia, ya parecía estar curándose.

Pero no tan rápido como en otras circunstancias, aunque. ¿Será que el contrato solo puede sanar una cantidad limitada de carne a la vez? De cualquier modo, mientras el Izcalli se mantenía firme sobre sus pies, tenía miembros destrozados y su lanza requería el uso de dos brazos. No extraña que estuviera vigilando con cautela a Zenzele.

Maryam fue la siguiente en salir del agujero en la pared, que el alcalde Crespín había preparado para acabar con la vida de Tupoc. Con una vista tan aguda para las políticas populares, no era de extrañar que el diablo hubiera sido elegido alcalde. Tosió por el humo mientras él la ayudaba a salir a la calle. Había recibido un fuerte golpe en la cabeza cuando el diablo fue lanzado a la línea de fuego en la que Tristán había participado nominalmente, pero sus ojos ya no parecían tan aturdidos. Ella asintió en agradecimiento.

"¿Tu pierna?" preguntó con voz áspera.

"Suficiente para caminar," afirmó Tristán.

Tuvo una mala racha cuando activó su contrato para forzar a Cozme Aflor a quedar atrapado del lado del infierno donde estaban, ya que un fragmento del techo que se desplomaba le cayó a los pies, lo que provocó su contragolpe. La lluvia de astillas de madera de una tabla rajada impactó principalmente en carne, pero aún tuvo que atar un paño alrededor de su pierna justo por encima de la rodilla para evitar que sus pantalones se empaparan de sangre. No se alejaron mucho del agujero en la pared, así que, cuando el último logró salir, escuchó lo hablado.

"Gracias por la ayuda," jadeó Cozme, acomodándose la ropa.

Por la expresión, parecía que había perdido su mosquete durante el caos.

"Si no me hubieras jalado hacia atrás, ese fragmento del techo me habría partido la cabeza," comentó Tristán entrecortadamente.

El anciano asintió, claramente interpretando esa expresión como muestra de compasión, aunque en realidad pensaba en la brusquedad de la posible represalia de su contrato. Tristán le devolvió la mirada, en el límite de fingir una amistad más profunda.

"Hay que movernos," interrumpió Zenzele Duma con tono tenso. "No veo a Lady Angharad ni a los otros, lo cual significa—"

"Hacemos nuestro propio camino," interrumpió Tupoc con un tono perezoso. "Obviamente."

Parecía una falta insignificante e inútil, y Tristan sintió ganas de descartarla como una habitual inclinación de Tupoc a ser desagradable, pero la mirada vigilante del Izcalli revelaba que esa era una mentira. Una prueba, decidió Tristan. Está provocando a Zenzele para ver qué tan cerca está el hombre de desenfundar. Por cómo la mano del Malani se apretaba alrededor de la empuñadura de su espada, la respuesta era muy cercana.

"La puerta trasera está en el lado oeste de la ciudad," dijo Tristan. "La ruta más directa nos lleva por una calle poco antes de la plaza del pueblo, pero sugeriría atravesar la ciudad y rodear por el norte en su lugar."

"Un recorrido más largo será más peligroso," afirmó Cozme.

Hubo un estruendo a su lado cuando otra sección del techo colapsó en el interior del Último Descanso, provocando un grito furioso del alcalde y un grito de pánico de los cultistas que aún disputaban la legitimidad de su elección. Maryam aclaró su garganta.

"Vamos a discutir más lejos de esa escena," farfulló ella, señalando el desastre.

Consejo sabio, que todos aceptaron. Atendiendo la sugerencia del ladrón de atravesar la ciudad por el este en lugar de seguir al oeste, donde los callejones a menudo terminaban en muros de empalizada, los cinco huyeron. Tupoc tomó la delantera, probablemente tanto para mantener distancia del resto como por preferir estar al frente, y mientras Maryam mantenía distraído a Cozme, Tristan se fue acercando al final.

Antes de que pudiera siquiera decir una palabra, el Lord Zenzele Duma lo miró con desdén.

"¿Sabías que eres una verdadera jaqueca?" dijo Zenzele. "La mitad de las personas con las que hablo piensan que eres un campeón en ciernes, y la otra mitad que eres un veneno inútil."

Tristan levantó una ceja. Ni siquiera un veneno, lo cual, aunque admitido, él era, sino veneno en su totalidad. Una afirmación audaz.

"¿Y tú?" preguntó él.

"Estoy inseguro," gruñó Zenzele. "Y eso resulta más desconcertante por varias razones que tú ni siquiera sospechas."

¿Ah? Eso olía a un pacto, una migaja que quizás hubiera querido mordisquear en otras circunstancias. Desafortunadamente, debía centrarse en asuntos mayores.

"Soy solo una rata," encogió Tristan sus hombros, "pero me parece que soy una rata que podría compartir algunos intereses contigo."

Se había lanzado cucharada, pero Zenzele Duma no mordió. En cambio, el noble Malani permaneció en silencio, con los ojos que se movían de un lado a otro en el aire, como si intentara descifrar lo invisible. Mal augurio.

"¿Qué es lo que te hace querer matar a Cozme Aflor con tanta intensidad?" preguntó Zenzele de repente.

Tristan se detuvo. Había sido extremadamente cuidadoso en no mostrar hostilidad alguna hacia el hombre. Incluso cuando habló en contra de Cozme durante la discusión en la plaza del pueblo, fue como parte de varios — y los ataques de Yong a él después debieron distraer la mayoría de su recuerdo. Incluso ahora, acercándose al Malani, no había mencionado nombres. Y Tupoc fue quien intentó matarme por la muerte de Jun, así que esa debería ser la primera conjetura.

Se trataba de un pacto, y la idea de permitir que Zenzele Duma viera a través de toda su máscara... era incómodo. Como descubrir que tu camisa llevaba toda la noche abierta por detrás.

"Suposiciones," dijo Tristan, forzando un tono despreocupado.

Pero sabía que había dudado demasiado, solo un segundo, y Zenzele rodó los ojos.

"Quieres usarme," afirmó el noble. "Envíame tras Tupoc mientras tú vas por él para que no pueda intervenir."

Eso fue una lectura desagradablemente precisa de sus intenciones.

Tristán tragó saliva, buscando en la expresión del hombre alguna pista que pudiera aprovechar, pero no encontró nada. La pena de Zenzele Duma había sido evidente, sus odios eran conocidos y sus amistades recientes eran obvias; sin embargo, el ladrón no halló en ello nada que le moviera el corazón. El ladrón apartó la mirada, profundamente desconcertado. Todo lo que había aprendido, todo lo que le habían enseñado, le indicaba que Zenzele Dum debía ser fácil de manipular. Pero en cambio descubrió que la franqueza del hombre había erosionado toda veta, dejándolo demasiado escurridizo para que pudiera atraparlo.

"Le debo una deuda," dijo Tristán con dificultad. "Del tipo jodido."

Zenzele meditó esas palabras.

“¿Como sirviente de Cerdan o por cuenta propia?”

“Muy en realidad, por su causa,” susurró Tristán.

Zenzele gruñó.

“No me pareces un hombre que tenga fácil que el odio aflore,” dijo el Malani, rodando un hombro. “Presumo que fue algo que se ganó a pulso.”

Escupió a un lado, en el lodo de la calle.

“Necesito la ayuda de Sarai,” dijo. “Herido o no, de otro modo tal vez me mate.”

Práctico, ese hombre.

“No es luchadora ni siquiera con las Señales,” advirtió. “Pero se puede improvisar una distracción.”

El noble parecía querer exigir más, pero Tristán solo estaba dispuesto a prometer lo justo, y eso seguramente quedó plasmado en su rostro. Existían otras maneras de alinear su cuchillo con la espalda de Cozme Aflor; esto simplemente era la opción más rápida.

“De acuerdo,” dijo Zenzele. “Avísame cuando llegue el momento.”

Tristán asintió nuevamente. Por muy tensa que fuera la conversación, en la práctica apenas habían atravesado media calle en mutuo silencio. Tupoc los hizo doblar en una esquina, cortando camino a dos calles de la Loja de Maderas apiladas que escondía la prisión, y se dirigieron directamente al norte, tal como el ladrón había sugerido antes; ya nadie quiso disputarlo. Allí fue donde primero encontraron más que el débil sonido de fusiles: una docena de esclavos, armados con garrotes improvisados y herramientas de campo, llenaban la calle frente a ellos. Giraron, con cara de alarma, y antes que alguien pudiera siquiera levantar un arma, Tupoc dio un paso adelante. Bajó su lanza, diciendo algo en el mismo dialecto que había usado antes, y eso hizo que los hollows se detuvieran.

Su líder, una mujer de cabello cano y hombros anchos, preguntó algo en tono severo. Tupoc se encogió de hombros, contestando, y se intercambiaron algunas respuestas breves antes de que los hollows comenzaran a hacerles sitio para pasar.

“¿Tupoc?” preguntó el ladrón.

“Dejé claro que también hemos combatido demonios,” dijo el Izcalli. “Eso nos ganó algo de buena voluntad.”

“¿Nos dejarán pasar?” preguntó Cozme.

“Eso dijeron,” respondió Tupoc con alegría. “Aunque, si fuera tú, mantendría las armas en mano.”

Los hollows parecían tan cautelosos con ellos como ellos con los hollows, ambos lados observándose mutuamente hasta que su grupo de cinco pasó por delante de los ex esclavos. Una vez libres, los cinco apuraron el paso, mientras los hollows los vigilaban partir. Tupoc les hizo una señal para que disminuyeran la marcha en cuanto doblaron la esquina.

“También nos permiten pasar porque se dirigen a la batalla,” dijo el Izcalli. “Su capitán parece creer que el culto de Ojo Rojo va ganando.”

“¿Esclavos y salvajes contra una jauría de demonios?” comentó Cozme con escepticismo. “Sería una masacre, incluso con las ventajas numéricas a su favor.”

“Todavía se oyen ruidos de pelea a lo lejos,” señaló Maryam. “Algo debe estar equilibrando las fuerzas, para que no haya un vencedor claro.”

“Vimos a la banda de guerra que ahora ataca Cantica cuando veníamos hacia aquí,” dijo Tristan lentamente. “Llevaban consigo a una sacerdotisa, una mujer que los demás cultistas parecían temer.”

“Los pactos con dioses antiguos son cosas peligrosas,” dijo Tupoc, con un tono inusualmente serio. “Lo que no tiene límites en precio, tampoco los tiene en poder.”

Esa última frase sonó extrañamente cadenciosa, seguramente una cita. Comenzaron a avanzar nuevamente hacia el norte, bordeando el extremo del pueblo para evitar la pelea en el centro, pero pronto se toparon con cultistas en confrontación. Uno de ellos, más específicamente, marcado con cicatrices rituales de la cabeza a los pies y tratando de persuadir a un grupo de esclavos ateridos que se escondían en el jardín tras una casa, para que se unieran a su causa. Dirigió su ira y su lanza en su dirección, gritando en un canto ininteligible, pero lo que iba a decir fue silenciado de repente.

Cozme lo apuntó en el vientre sin dudar ni un momento.

Se quitó el polvo de la boca del cañón de su pistola mientras los esclavos gritaban de miedo, algunos huyendo y otros escondiéndose tras filas de coles.

“Eso debería haber sido un combate con espada,” dijo Tupoc en tono severo. “Alguien te habrá oído.”

“Hay disparos en todo el pueblo,” desestimó Cozme.

“Pero no de aquí,” afirmó Tristan. “Aceleremos el paso antes de que alguien piense en cuestionarlo.”

Pasó junto a Maryam mientras aumentaban la velocidad, y ella levantó una ceja mirando su avance. Él no perdió tiempo en actualizarla discretamente sobre el trato con Zenzele. Ella frunció el ceño.

“No usaré un Marca en Tupoc,” murmuró ella. “Es demasiado peligroso.”

Él mostró su sorpresa, pues no la había escuchado decir que lo consideraba peligroso antes.

“Su lanza,” dijo Maryam, “la vi atravesar la coraza de un diablo. Creo que la cabeza está hecha de candlesteel.”

“Nunca he oído hablar de eso,” admitió Tristan.

“Izcalli no revela cómo la fabrican,” explicó ella, “pero se dice que tiene relación con sus famosas velas. El material es mortal para el éter — incluso el que forma a los diablos sólidos — y apenas es un poco más benigno con Gloam, así que no pongas ningún Marca cerca de él.”

Considerando que Leander Galatas había explotado su propio brazo cuando una Marca suya se quebró en el Bluebell, parecía prudente.

“Cualquier distracción servirá,” susurró él.

Hubo un momento de duda, luego ella asintió.

“No me quedaré mucho tiempo,” le informó Maryam. “En el momento en que peleen, huyo.”

“Eso esperaba,” respondió él. “Y además—”

En la distancia, un estallido de fuego y luz hizo colapsar una casa en llamas, deteniéndolos en seco ante la brillantez que revelaba un segmento de pesadilla cerca de la plaza central. Diablos gritando enredados en cuerdas rojas combatían contra otros de su misma especie, mientras cultistas marcados en una formación mantenían a salvo a la sacerdotisa, que reía enloquecida, y cuya presencia parecía dirigir a los diablos manipulados en la escena. El acero y la pólvora enfrentaban una marea de garras y caparazones desgarrados, más vacíos con armas improvisadas que surgían de todas partes para arrojarse a la pelea.

“Quizá tenías razón acerca de rodear por largo camino,” admitió Cozme en un susurro, en medio del silencio.

“Qué amable eres,” replicó Tristan. “Pero, vamos—”

Por segunda vez en menos de un minuto fue interrumpido, esta vez por el colapso de una casa cerca de la plaza. Pero esa no había estado en llamas hace un momento. Con un leve silbido, una segunda bomba cayó, golpeando el centro de la batalla en la ciudad. El impacto aplastó a un diablo y convirtió a tres hombres en pulpa.

Lejos al norte, la noche se iluminaba con un resplandor mientras los cañones de la Guardia comenzaban a llover fuego sobre Cantica.

¿Por qué lo harían, comenzó a pensar Tristan, pero antes de terminar la pregunta ya tenía la respuesta. Maryam le había dicho que en Tres Calmas la Guardia poseía alguna especie de maravilla antediluviana que podía ver cosas a distancia. Por supuesto, la habían utilizado tras el colapso de la montaña, y en particular en Cantica —porque allí serían los supervivientes a quienes

buscaban. Debían saber ya que los demonios habían violado los términos y que la ciudad estaba siendo conquistada por el culto de la Mandíbula Roja.

Los demonios tenían razón, en cierto modo: la Guardia había declarado que el juicio para este año quedaba cancelado. Solo que ellos también habían sido dejados de lado.

“Tenemos que salir de esta maldita ciudad ahora mismo,” susurró Cozme.

“Todos se dirigirán ahora seguramente a la puerta de la salida,” anotó Tupoc con calma. “Es la más cercana a la plaza del pueblo.”

Eso significaba que ir por ese camino sería morir seguro. Y sería un problema para el grupo de Angharad, si usaban ese lado de la ciudad para rodear al norte hacia el punto de reunión. Lo cual era, en realidad, lo más probable, ya que el otro grupo esperaba que salieran por esa misma puerta. Eso podría convertirse en un desastre, pensó el ladrón, pero no era algo que pudiera solucionar.

“Directamente a la puerta principal,” dijo Tristan.

El mundo se volvió brillante.

Fue un instante antes de que Tristan se diera cuenta de que estaba en el suelo, con los oídos zumbando. La casa frente a él era un montón de escombros ardientes y destrozados, y vomitó en tierra. Apenas podía enfocar la vista mientras se arrastraba alejándose, con las extremidades temblando. ¿Había soltado algo? Su mochila seguía en su espalda, pero... Vio siluetas moviéndose, alguien ayudándolo a levantarse. Maryam, lo reconoció, con expresión preocupada.

“¿Estás bien?” preguntaba ella. “¿Tristan?”

“Sí,” sangre la garganta. “Soy yo.”

“Tuviste suerte,” dijo ella. “Si eso hubiera sido diez pies más a la derecha, estarías hecho pulpa.”

“¿Suerte?” repitió él, con una risa entre carraspeos.

Los demás estaban... Tupoc estaba de rodillas, pero esforzándose por levantarse. Cozme parecía bien, aunque miraba fijamente a Zenzele quien... tenía su espada en la mano mientras se movía detrás de los Izcalli.

“Eso,” dijo Zenzele Duma con frialdad, “servirá.”

Empujó la hoja en la espalda de Tupoc, pero el hombre de ojos pálidos se retorció en el último momento. No fue una herida mortal, sino un rozón, y con una carcajada el Izcalli golpeó la pierna de Zenzele. Ambos cayeron, luchando. Una maldición, y Tristan vio con los ojos abiertos cómo Cozme Aflor huía. Maldijo a su vez, apartándose de Maryam, y su mirada captó un destello de luz en el metal. Su pistola yacía donde había caído, reflejando las llamas.

La pistola de Yong, la última pieza del puente, había sido quemada.

Cozme lograba alejarse, cada aliento elevando la distancia.

Su estómago se contrajo. Tristan miró a Maryam, encontró esas ojos azules clavados en él, y tragó saliva.

“Ve,” dijo ella. “Acáballo. Yo recogeré si logramos sobrevivir.”

Se relamió los labios.

“Sabes dónde estaré,” afirmó.

Y salió tras Cozme, tomando la linterna abandonada de Zenzele mientras avanzaba.

--

Corrió a través de la pesadilla, persiguiendo otra aún más antigua.

Humo, fuego y gritos, la silueta de Cozme Aflor justo delante, y cada respiración era un temor por perderlo. El hombre se dirigía directo a la puerta de entrada, en línea recta, pero el ladrón sabía que eso no funcionaría. Tanto demonios como cultistas se dirigirían a la puerta de salida del oeste, pero una vez que una de las dos partes tenga ventaja en esa refriega, la otra comenzaría a huir en la dirección contraria.

Para la sorpresa de Tristan, resultó ser los demonios los que perdieron la partida.

Cozme se detuvo de prisa y se deslizó tras unos barriles sueltos de una pila, mientras un par de demonios aún en sus cadáveres salían corriendo de una calle más grande, discutiendo en Antigua mientras corrían hacia la puerta principal. Tristan vio la mueca en el rostro del hombre mayor incluso antes de que se arrojara a su lado. Cozme se tensó, la mano buscó su daga, pero Tristan puso un dedo en sus labios. El hombre mayor mordió el interior de la mejilla, recordando que los malvados tenían un oído extraordinario, y asintió con secuencia.

Esperaron hasta que los demonios estuvieran fuera de vista.

—¿Por qué me seguiste, ratero? —gruñó Cozme cuando finalmente se sintió seguro.

Una explosión a unos pocos bloques al este los hizo estremecerse, causando que una casa se derrumbara.

—¿Crees que quiero estar en medio de esa pelea? —respondió Tristan—. Quiero salir de este pueblo, Aflor.

—Busca tu propio camino —gruñó Cozme.

—Mi camino era la puerta principal, igual que tú —replicó Tristan, impaciente—. Solo que no funcionará, ¿verdad? Estará llena de demonios con la misma idea idiota.

Otra explosión cayó en la distancia, más lejos. Ambos se tensaron ante el sonido. Tristan se relamió los labios, fingiendo estar nervioso.

—Mira, quizás conozco un lugar donde escondernos lejos del bombardeo —dijo—. Lo encontré con Xical y Tredegar.

El hombre bigotudo lo miró fijamente.

—La prisión subterránea —dijo—. Aquella donde encontraste a los esclavos por primera vez.

Tristan asintió.

—Deberá estar vacía ahora —siguió diciendo—. Los cultistas seguramente la atacaron primero; esos prisioneros eran reclutas ideales.

Cozme asintió lentamente, su rostro sin cambiar, y en un instante Tristan ya le tenía una daga en la garganta. Dioses, ni siquiera se dio cuenta de que el otro hombre la estaba desenvainando. Con el estado de aturdimiento tras la explosión anterior, fue algo torpe de su parte.

—¿Por qué? —preguntó Cozme con desconfianza—. ¿Por qué me seguiste para compartir esto y no simplemente ir tú solo?

Tristan mordió su labio, miró hacia otro lado, tratando de parecer despreocupado. ¡Mira qué avergonzado estoy! —pensó.

—Porque no puedo defender ese lugar —dijo fingiendo amargura—. Si los cultistas van allí, o un demonio—

—Te derrotarán —terminó Cozme, con tono pensativo—. Y la chica extranjera es casi inútil, eso es cierto, así que no valía la pena traerla.

Una explosión alcanzó algo a unos cuantos bloques, y se escucharon gritos. Cozme apartó la daga.

—Está bien —dijo—. Llévame a la prisión, Tristan.

—

El lugar olía a barro y suciedad, pero era de esperarse.

Era lo suficientemente grande para que los dos pudieran mantener unos metros de separación, y a través de la tapa abierta, medio cubierto con madera, podían ver cómo la lluvia de bombas aún iluminaba la noche. Mientras la Guardia no terminara de bombardear Cantica, sería una locura abandonar su escondite. Maryam también debería estar en camino, pronto, así que Tristan debía terminar con todo antes de que llegara.

No quería que su amigo estuviera en medio de aquello.

La habitación de piedra desnuda en la que se encontraban medía unos diez pies de largo por unos quince de ancho, una forma burda, y no había nada dentro más que la puerta abierta que conducía a la prisión más profunda, llena de suciedad y paja. Tristan sostenía la linterna de Zenzele a su lado, casi completamente cubierta para no llamar la atención.

Cozme aún conservaba su espada y su cuchillo, pero ya no su mosquete ni su pistola; esta no había sido recargada desde que disparó y mató a un secuaz con ella. Tristan, por su parte, solo contaba con su macete y su cuchillo. Tenía agujas en su bolsa, pero una sutil detonación con ellas sería casi imposible en un lugar como este.

Cozme Aflor era un hombre en excelente estado físico, con dos pulgadas más que Tristan, y aunque en sus cincuenta se trataba de un soldado curtido, endurecido por la edad, que había hecho el trabajo sucio de la Casa Cerdan, en un enfrentamiento directo Tristan perdería. ¿Y qué más podría haber sino un enfrentamiento directo en una habitación de piedra desnuda?

Afortunadamente, Tristan aún conservaba el último regalo de Abuela: dos frascos, uno con extracto de gato barbudo y otro con trementina médica.

Palmeó su frasco de extracto de gato barbudo y lo abrió en silencio, dejando que el líquido cayera en el farol con persianas cerradas. La dosis entera llenó el recipiente, suficiente para volver loco a una docena de hombres durante una hora, pero apenas sería lo mínimo para lo que necesitaba. La dosis que podría administrar con una aguja o un cuchillo sería demasiado lenta en hacer efecto, pero “Las Dosificaciones” de Alvareno estaban llenas de notas interesantes acerca de las sustancias recomendadas para una caja de venenos.

Por ejemplo, que al exponerse a una fuente de calor durante el tiempo correcto, el alcohol del gato barbudo se convertía en un humo volátil muy sensible a la temperatura. Tristan se deshizo discretamente del frasco vacío y esperó a que Cozme levantara la vista por la escotilla para quitarse el tricorne. La otra mano la mantuvo en la palanca que movía las persianas.

“Cozme,” susurró.

En cuanto su enemigo giró, tiró de la palanca. Las persianas se abrieron y, con la diferencia de temperatura — caliente adentro, frío afuera — un humo blanco surgió con furia. Tristan se cubrió la cara con el tricorne y se lanzó hacia atrás, sintiendo en los pocos segundos que duró el humo rozar su piel en las mejillas. La piel se enrojeció y se le formaron ronchas en los lugares tocados, una sensación profundamente desagradable.

Probablemente por eso Cozme Aflor gritaba, ya que el humo le entró directamente en los ojos.

La mayoría de los efectos alteradores de la mente desaparecían cuando el extracto se convertía en humo — sólo producía una sensación de hormigueo, en lugar de alucinaciones y violentos brotes de emoción — pero se hacía significativamente más ácido. Sin pensar, Tristan dejó caer su sombrero y vio a Cozme sujetándose los ojos, mientras apretaba el macete y se acercaba para asestarle un golpe.

El hombre se movió, aunque lo que debería haber sido un fuerte golpe en el costado de la cabeza terminó golpeándole el hombro. Cozme reaccionó rápido, sujetándole la muñeca y jalándole hacia adelante. Sin decir una palabra, solo un gruñido de esfuerzo, el ladrón luchaba contra el viejo asesino. Un codo le golpeó la barbilla, y lanzó un gemido de dolor, golpeando la carne bajo las costillas de Cozme en represalia, pero entonces el hombre de bigote le dio un cabezazo.

Con la visión nublada, Tristan rodó lejos, solo para escuchar el sonido de un cuchillo saliendo de su funda. Siguió rodando, Cozme apuñalando a ciegas hacia el suelo donde él había estado pocos instantes antes, apretando los dientes. Había oído a Cozme vencer a un dios en un combate de cuchillos, en el laberinto. Incluso con el otro ciego, dudaba poder ganar.

“Sabía que algo raro tenías, pequeño inútil,” gruñó Cozme. “¿Quién te contrató, la Ruesta?”

Tristan retrocedió un paso más, conteniendo la respiración, aunque sabía que eso no duraría mucho. Los ojos del anciano estaban cerrados y con gestos de dolor, pero aún podía ver algunos, y el dolor pasaría. Su mirada recorrió la habitación, encontrándola vacía salvo por una cosa. Tragó saliva y apostó a una jugada arriesgada: Tristan lanzó su macete contra la pared a la izquierda de Cozme, y mientras el hombre golpeaba a ciegas en esa dirección, él se desplazó rápidamente a la derecha. Allí, tomó la linterna, balanceando el peso de hierro forjado para golpear la cabeza de Cozme incluso cuando el hombre volteó hacia él.

Le atravesó justo en el pómulo, haciendo un crujido sumamente satisfactorio al caer Cozme Aflor al suelo.

La piedra del suelo se iluminó brevemente con el derrame de aceite en llamas, que solo tocó piedra. Resistirá. Tristan soltó la linterna con delicadeza para que no se derramara, y apartó el cuchillo de la mano de Cozme mientras el hombre gimoteaba en el suelo. Le propinó una patada en el estómago, haciéndolo encorvarse, y sacó su espada de la vaina antes de lanzarla a la otra habitación.

A lo lejos, ardían los fuegos de la artillería del manto negro.

Tristan actuó con meticulosidad. Con su bota aplastó la rodilla derecha, haciendo que el anciano gritara ronco. Luego rompió el brazo izquierdo, a la altura del codo. Eso debería bastar para impedir que Cozme lo venciera. Finalmente, sacando su propio cuchillo, se sentó sobre el pecho del hombre y apoyó la hoja en su garganta.

“El tonto,” gorgoteó Cozme. “La perra está muerta, ¿realmente crees que Ruesta te seguirá pagando?”

“No tengo acuerdo con la Casa Ruesta,” dijo Tristan. “Nuestro asunto, Cozme Aflor, es mucho más antiguo que eso.”

El hombre parpadeó, con los ojos enrojecidos y lagrimeando.

“¿Quién eres tú?” susurró Cozme.

“Mi nombre,” dijo con frialdad, “es Tristan Abrascal.”

Habían pasado años, más de una década, pero el viejo asesino todavía recordaba. Apenas le llevó un instante. Tristan podría haberse cortado si no fuera por eso.

“El violinista,” dijo Cozme. “Tomas Abrascal, dios. Tú eres su hijo.”

“Soy el niño que se escondía debajo de una mesa cuando le diste un disparo en la cabeza a su padre,” le explicó Tristan. “Había sido tan extraño en esas últimas semanas. Mi madre lloraba constantemente y yo me preocupaba, pensé que tal vez estaba enfermo. Así que lo seguí, creyendo, como hacen los niños, que lo protegería.”

Cozme soltó una risa rasposa.

“Manes,” dijo. “Estaba al borde de perder la razón, así que lo trajimos por la trampilla. No había guardias en esa casa —¿no viste esa maldita carnicería, verdad?”

Si Tristan viviera hasta los quinientos años, nunca olvidaría lo que vio allí abajo. Niños destrozados, sujetos a los establos y conectados a cables de cobre. Barriles llenos de extremidades, charcos de sangre. Hombres con más partes cosidas que no, y esa... cosa suspendida en el aire por cadenas doradas para que ninguna parte tocara el suelo.

“Les advertí que una segunda entrada era una idea terrible,” dijo Cozme, “pero Ceferin insistió. No podíamos seguir entrando por el almacén; la gente empezaría a preguntar.”

“La Teogonía,” dijo Tristan. “Eso era lo que ustedes llamaban, cuando tenían su pequeña charla. ¿Qué hacían allí abajo, Cozme? ¿Para qué era todo eso?”

“No lo sé, muchacho,” dijo Cozme con cansancio. “Solo manejaba a los guardias, Ceret era quien tenía los planes grandes. Me pusieron a cargo de encontrar a los seres de Murk que ya tenían contrato, y luego el Señor Lorent los presentó al Misericordioso.”

Tristan se quedó inmóvil, porque por fin había logrado recordar el quinto nombre en su lista. El nombre del dios que tenía sus sucios manos en toda esa carnicería, que contrajo un pacto con su padre sabiendo que matarlo era su intención.

“El dios que repartía los contratos, ese Misericordioso,” dijo. “¿Era un Manes, Cozme?”

“No lo sé,” respondió Cozme demasiado rápido.

“Dímelo,” siseó el ladrón.

El anciano rió, riendo aún más fuerte cuando Tristan presionó agresivamente su cuchillo contra su garganta.

“De todas formas, me vas a matar, Abrascal,” dijo Cozme. “Tus amenazas no significan nada.”

Tristán atravesó su propia mirada, mientras el hombre gritaba y luchaba con desesperación. Cozme era más fuerte, pero ciego y en medio del dolor. No era una pelea sencilla.

—El dolor siempre significa algo, Cozme —respondió Tristán—. Dímelo.

—No jodas, chico —resopló el anciano—. Solo corrí a los guardias.

Sea verdad o no, no pudo discernirlo, pero intuyó que no sacaría más palabras de Cozme. Un callejón sin salida, aunque todavía no se había quedado sin preguntas.

—Estuviste allí cuando lo cerraron —dijo Tristán—. Se retiraron. ¿A dónde fueron, Cozme? ¿Dónde están degollando a los niños ahora?

—En algún lugar del Mar Trebiano —se rió Cozme—. Nunca pregunté. Nunca me importó. Ya había cumplido con mi parte, iba en ascenso.

—No por mucho tiempo —sonrió Tristán con una mueca de frialdad.

De otro modo, no habría sido enviado al Dominio de las Cosas Perdidas, arriesgando su vida y su integridad en busca de favor.

—Nunca por mucho tiempo —dijo el hombre—. ¿No es así?

Los labios del ladrón se estrecharon.

—¿Alguna vez has sentido arrepentimiento? —preguntó.

Cozme resopló.

—Viví como un señor durante años —dijo—. Rico, respetado. Tal vez incluso me casé con una buena familia, si no hubiera sido tan arrogante al final. ¿Arrepentimientos, Abrascal?

Se echó a reír.

—¿Crees que tú eres el único con barro en las botas, rata? Arrepentimientos, dioses.

El hombre ciego ofreció una sonrisa roja y devastadora.

—El mordisco de los hambrientos —gruñó Cozme Aflor—. El aferrarse de los endeudados, el acorralado—.

Tristán se retorció, le cortó la garganta antes de que pudiera terminar sus palabras. Observó cómo el hombre hacía gárgaras, cómo la sangre brotaba y fluyó, y no proferió ningún sonido mientras su verdugo mortal expiraba. Padre, en sus últimos días estuvo medio loco. Un ojo en color amarillo, una pierna deformada. Fue, en cierto modo, una misericordia lo que Cozme hizo, y por ello Tristán no ralentizó su muerte.

Pero tampoco la aceleró.

Y solo cuando el gorgoteo cesó, cuando Cozme quedó inmóvil y sus músculos comenzaron a tensarse, finalmente apartó la vista.

—Tres —contó en voz baja Tristán.

Que su padre fuera llevado por la Rueda hacia la siguiente vida con una sonrisa.

Se quedó junto al cadáver, en silencio, esperando que Maryam se le uniera —quizá con Zenzele, si el hombre todavía vivía—. Y cuando cerró los ojos, recordando el sonido del disparo y cómo el cerebro de su padre estalló en el suelo, a apenas unos centímetros de sus pequeños pies, o la forma en que mordió su labio hasta sangrar para no hacer ningún sonido, las balanzas parecieron un poco más equilibradas.

—Laurent Cerdan —susurró en la oscuridad—. Lauriana Ceret. Ceferin.

Todos viejos nombres, gastados por el uso. Y ahora, uno más para agregar.

—El Dádivo —intentó probar.

Le pareció, pensó Tristán, que sonaba como una promesa.

Revision #1

Created 7 May 2026 09:53:08 by Michael Brown

Updated 7 May 2026 09:53:11 by Michael Brown